

JAÚREGUI, GURUTZ: *La democracia planetaria*. Editorial Nobel, Oviedo, 2000.

La cuestión de la globalización y todo lo que la rodea plantea una de las discusiones más fascinantes de nuestro tiempo. Lejos de la visión triunfalista de Fukuyama, la caída del Muro de Berlín no produjo en modo alguno el «final de la historia», sino, más bien, el inicio de una nueva época, marcada por la mundialización y toda la incertidumbre que ésta acarrea. Esto, por su parte, ha creado la necesidad de un replanteamiento teórico general, capaz de encarar adecuadamente el fenómeno. En consecuencia, no es exagerado afirmar que hoy en día, proliferan cada vez más los estudios acerca de este nuevo fenómeno y la forma en que alterará nuestras condiciones de vida.

No es para menos. A fin de cuentas, la apuesta del juego es extraordinariamente elevada: de la orientación que tome la globalización dependerá, en último término el destino de millones de seres humanos. Por eso mismo, creemos que cualquier aportación en lo que a este acontecimiento extraordinario concierne resultará más que interesante, especialmente si es de la categoría de la que ha realizado el profesor Gurutz Jáuregui.

En este sentido, no podemos por menos que señalar que el ensayo que estamos comentando va a ser, sin lugar a dudas, un referente de indiscutible valía a la hora de encarar la discusión acerca de la globalización. Y esto es así por varias razones: en primer lugar, porque el

análisis realizado por el autor en torno al proceso que actualmente estamos padeciendo es ya de por sí digno de elogio; en segundo lugar, porque su esfuerzo por encontrar los fundamentos teóricos para una futura democracia universal es más que notable; por último, y por qué no decirlo, porque la propia forma en que el texto ha sido escrito –una prosa ágil, directa, que hace la lectura sumamente sencilla– facilita enormemente el acercamiento a una materia de por sí muy ardua.

Gurutz Jáuregui parte para su estudio de una premisa sencilla: el actual modelo globalizador, sustentado sobre la noción de Estado-Nación es, a largo plazo, insostenible. Esto es así porque el modelo neoliberal que alimenta la apertura de los mercados al exterior crea unos problemas sociales, económicos y medioambientales tan graves que es necesario poner un freno a su funcionamiento. Esta tarea, sin embargo, resulta completamente irrealizable desde la perspectiva de los actuales estados nacionales. La importancia de los poderes económicos hace que, en la práctica, nos sea imposible pensar en un mecanismo de compensación de las disfunciones del mercado que no pase por una necesaria integración de la soberanía nacional en un concepto más amplio. Como consecuencia de todo ello, el profesor Jáuregui urge a la formación de entes transnacionales que sustituyan, en un futuro, a los entes públicos actuales.

Este tránsito no será, tal y como profetiza el autor, sencillo. Los sentimientos nacionalistas siguen resultando muy poderosos y los

ciudadanos de los países más avanzados continúan mostrándose renuentes a enterrar sus modelos políticos para construir otros nuevos. Esta concepción, no obstante, parte de un error de hecho, que el autor se encarga de poner de relieve: la creencia en que vivimos en un sistema de democracia participativa en el que el poder del voto del ciudadano puede pervivir a pesar de la expansión del modelo globalizador. Frente a esta hipótesis, Jáuregui argumenta que el futuro dominio de la economía sobre la política puede acabar propiciando unas democracias puramente formales, en las que los ciudadanos sólo podrán elegir, y esto también de forma parcial, los rostros de sus representantes, no las políticas que han de llevar a cabo.

¿Cómo poner freno a esta preocupante merma en nuestra salud democrática? El autor lo dice de una forma muy clara: recordando cuál es la esencia de nuestra democracia. Así, será necesario subrayar, frente a las críticas liberalistas, que la democracia no tiene por qué ser el modelo más eficaz, sino que su misión esencial es satisfacer al máximo los valores de igualdad y libertad. Una democracia no es, de hecho, eficiente, si no respeta plenamente este objetivo, por muy sanos que sean sus índices económicos. Ello no obstante, esta primera respuesta nos abre un segundo interrogante: ¿cómo aplicar este modelo

democrático a la sociedad que nos viene?

Responder a esta segunda pregunta no es fácil. De ahí que resulte especialmente valioso el esfuerzo realizado por el autor para darnos algunas de las claves al respecto. En este sentido, creemos que la idea esencial que encierra toda la segunda parte del trabajo analizado es plenamente acertada: sólo la recuperación de una democracia participativa podrá impedir la obsolescencia del sistema. Sólo mediante una conducta democrática activa por parte de los ciudadanos podrá impedirse la destrucción de nuestros modelos actuales. Esta conducta debe llevarnos, a su vez, a la consecución de una ética democrática universal, capaz de sustentar la puesta en marcha de un derecho cosmopolita que haga posible un nuevo orden, basado, como indica el nombre del libro, en una democracia planetaria.

En conclusión, podríamos decir que el trabajo analizado es una muestra extremadamente valiosa de cómo podemos oponernos efectivamente a un sistema que amenaza con destruir algunos de los principios fundamentales que sustentan nuestro actual bienestar. Ojalá que todas estas grandes ideas vean algún día su puesta en marcha.

IÑIGO DE MIGUEL BERIAIN
Departamento de Filosofía
Jurídica. UNED